monía la fe con la razon, mejor dicho, traer la fe á servicio de la razon.

El fin de la religion, dijo Maimónides, es conducirnos á la perfeccion y enseñarnos á obrar y á pensar conforme á la razon: en esto consiste el atributo distintivo de la naturaleza humana.

El hombre, añadia el judío cordobés, no debe regular sus acciones por la fe de la autoridad, pues tiene los ojos en la cara y no en las espaldas.

Ocho siglos hace, pues, que están plagiando á Maimónides todos los enemigos de lo supernatural, todos los partidarios del progreso indefinido, todos los idólatras de la razon.

Las doctrinas del filósofo rabino ocasionaron un cisma en las escuelas judaicas: díjose que el libro de Maimónides fortificaba las raíces de la religion, pero destruia las ramas. Los judíos del Mediodía de Francia llevaron al extremo las censuras y anatemas contra el novador, pero las doctrinas del novador prevalecieron: y desde el *Makor jayyin (fuente de vida)*, escrito por Gabirol en el siglo XI, siguiendo por las obras de Maimónides, Aben-Ezra, Aben Tybon, Abarbanel, Ioseph Albo, Schem-tób, Aboad, Cardoso, Orovio de Castro y otros innumerables rabinos que nacieron y escribieron y predicaron en España, en esta tierra tenida calumniosamente por clásica de la intolerancia, se descubre el camino que trajo la filosofía hasta dar en el *Tratado teológico político* y en la *Ethica* del ex-judío Benito Spinosa. En el sistema de este filósofo, hijo de un judío portugués, empapado en las tradiciones judaicas, se halla un Dios sin voluntad, sin entendimiento, sin conciencia, sin personalidad distinta. Aquel Yhowáh de Abraham y de Isaac y de Jacob que obraba maravillas por el amor de su pueblo escogido; aquel Yhowáh, terrible en el castigo de Faraon, magnífico en las jornadas del desierto, legislador en el Sinaí, el Dios de David y de Salomon se ha convertido en el cerebro de Spinosa en la abstraccion por excelencia, en una absoluta indeterminacion, en un ser infinitamente menor que el hombre, en una sombra, en nada.

Andando el tiempo, y progresando el error, el panteismo cabalístico-filosófico de Spinosa tomó carácter religioso; la razon, proclamada soberana, llamó impíamente á su tribunal cuanto hay de grande, de augusto, de inmutable; quiso alzarse sobre las verdades reveladas; quiso dominar la ciencia divina y humana; juzgar á Dios y á los hombres. Hé aquí una manifestacion satánica de la soberbia.

A contar desde Leibnitz, que produjo en Alemania el movimiento idealista del siglo XVIII; pasando por Kant, que con su *Crítica de la ra-*

zon pura guiaba al escepticismo, y llegando á Fichte que lo suprime todo, excepto el *yo;* y á Schelling, que hace de *lo absoluto* el término de la Filosofía; y á Hegel, que lo halla en la *idea,* solo descubrirémos evoluciones de la doctrina panteística; tristes esfuerzos por negar lo sobrenatural; empeño estéril de acomodarlo todo á los límites de la flaca razon humana; renovaciones, en fin, de los sistemas filosóficos de la escuela oriental en la Edad media.

La llamada exégesis racional que ahora constituye el encanto de los filósofos alemanes y de sus traductores franceses y españoles, es una doctrina cuya propiedad pertenece á los cabalistas judaicos de las academias de Córdoba y Toledo. Seria muy curiosa una obra histórico-crítica acerca de la filosofía moderna en sus relaciones con el espiritualismo de Avicebron, Maimónides y Aben-Ezra.

Los judíos que hoy residen en Europa y participan del movimiento científico, se regocijan al ver *el paso atrás* que da la filosofía de los cristianos, y cooperan con todas sus fuerzas al triunfo de los sistemas racionalista y panteista que consideran como legítima herencia de sus antepasados. Quizá en esto no meditan, como fuera conveniente, los filósofos modernos; quizá cuando repiten las seductoras teorías del triunfo de la

razon, y culto universal, y humanidad una y libre, no advierten que están hablando el lenguaje de los judíos dispersos por el mundo y condenados á perpetua expatriacion.

Los judíos á su vez observan que la filosofía de los protestantes se acerca mucho á sus tradiciones filosóficas, y que las opiniones de gran número de católicos varian á merced de las novedades protestantes; es decir, los judíos ven imperar su filosofía en las escuelas que pretenden dar el impulso á la sociedad moderna: ¿contra quién, pues, habrán de reservar sus odios los judíos? Contra aquella porcion sana y juiciosa del mundo católico que resiste á las impiedades de la evaporada ciencia cabalística, y lucha por los fueros de la fe sin amenguar los legítimos fueros de la razon. Y como el Pontificado es hoy y ha sido siempre el centro, la representacion genuina de esos principios que son los verdaderos en la ciencia y los salvadores en la sociedad, los judíos redoblan en esta época sus esfuerzos y sus ataques contra el Pontificado, ya sosteniendo las teorías mas arriesgadas y disolventes, ya aprovechando en la vida práctica los hechos mas sencillos, para convertirlos, como el suceso Mortara, en gran piedra de escándalo y en tema para una inmensa y aun no terminada gritería.